

## SECCIÓN BIOGRAFÍAS

### LA FUNDACIÓN MUSEO «ANTONIO MANUEL CAMPOY» DE CUEVAS DEL ALMANZORA

CIPRIANO MORA CAMPOS

Ldo. en Bellas Artes

## I. EL MUSEO ANTONIO MANUEL CAMPOY. UN MUSEO A LA MEDIDA DEL HOMBRE

---

“No hay espectáculo más prodigioso que el de la carrera de un artista. La vida del pintor al contrario que la vida del hombre, que es una carrera hacia la decadencia, se colma y se perfecciona a medida que avanzan los años. Tiziano, Goya, Picasso, tantos otros vivieron ascendentemente. Y hay, además, en la vida de un pintor la fascinación del cambio, el prodigioso espectáculo de su evolución creadora” (sic). A.M.C.

Después de su inauguración el 3 de noviembre de 1994, he visitado algunas veces el Museo A.M.C. de Cuevas del Almanzora -visitas de las que salí sorprendido ante la cantidad y calidad de las obras expuestas y con los ojos llenos-; ahora acudo acompañado de Anastasio Campoy, director del Museo y hermano de Antonio Manuel, a recorrer de nuevo con emoción las salas de exposición. En voz baja hacemos algún comentario deteniéndonos ante un paisaje, una escultura, un dibujo...

Los que no tuvimos la fortuna de conocer a Antonio Manuel Campoy podremos apreciar su calidad de coleccionista y crítico de arte al contemplar las obras exhibidas gracias al tono familiar conseguido en todas las estancias. Picasso, Solana, Tàpies y Vázquez Díaz se disputan el espacio con Benjamín Palencia, Cristóbal Toral, Ramón Gaya o José Caballero, entre otros; vitrinas y anaqueles expositores con dibujos y grabados se dan la mano con esculturas de Venancio Blanco, Santiago de Santiago o Pablo Serrano.

Así también imagino acompañándome en mi visita a Antonio Manuel Campoy, ameno y agudo observador, su conversación salpicada de anécdotas se deja oír por las salas y, especialmente, al penetrar en su despacho, alma mater del Museo, donde el mobiliario, recuerdos personales y dos millares de volúmenes de su biblioteca particular -donada íntegramente a la Biblioteca Municipal de Cuevas- recrean su lugar de trabajo entre galardones y condecoraciones, fotografías, una colección de magníficos bastones, pequeñas esculturas y algún pequeño cuadro, obsequio en agradecimiento a su labor como crítico de arte y escritor.

La visita satisfará a todos los amantes del Arte hartos de los grandes espacios conservadores, donde cada vez se hace más difícil disfrutar de una obra y agradecerán el respetuoso gesto de su esposa y colaboradora Rosa M<sup>a</sup> Sáez Prol haciendo realidad el generoso deseo de Antonio Manuel Campoy al instalar las colecciones en Cuevas del Almanzora, su lugar de nacimiento, lográndose un museo tan a la medida humana, aún hoy ejemplo escaso en nuestro país.

## II. LAS OBRAS DE ARTE DEL MUSEO A.M.C.

---

Cerca ya del mar, en el valle del cauce del río sin caudal que le da nombre, Cuevas conforma un peculiar altozano que domina un paisaje agreste y todavía troglodita escoltado por la Sierra de los Filabres. En lo alto se yergue una chata y terrosa fortaleza imposible de olvidar. Esta fábrica medieval concebida para la defensa perteneció a los Fajardo, señores del lugar y la comarca. Y nos sorprende pues no responde a la concepción habitual que tenemos de este tipo de construcción:

semeja más una mezquita del norte de África que un edificio del medioevo europeo. En el interior del recinto la "Casa del Alcaide" o "Casa del Marqués de los Vélez", un gárrulo edificio renacentista coronado de merlones, alberga la colección. Construido en porosa sillería consta de dos plantas rectangulares, patio central y troneras; cada esquina descansa en un bastión cilíndrico de techo cónico, antaño almacenes de pólvora. Al lado y adosado a la muralla, la "Casa de la Tercia", edificio del siglo XVIII, rectangular de dos plantas, acoge la Biblioteca Municipal que posee una sala dedicada a A.M.C. que cedió generosamente su biblioteca al municipio, aun no completada, con más de seis mil volúmenes además del Museo Arqueológico y el futuro Museo de Recursos Naturales. La adecuación del Museo a la "Casa del Marqués" se nos ofrece satisfactoriamente por dos razones: sus proporciones nada destartaladas - 20 x 24 m. - y una restauración sensible en su interior. Nada más que franquear las puertas, las originarias de planchas de hierro claveteadas, presentimos el respeto que ha predominado en la transformación de un habitáculo para la guerra en morada del Arte.

A modo de recepción nos acoge un vestíbulo en su sombra, en cuyas paredes ya cuelgan telas; entre ellas una magnífica versión, de picassianas connotaciones, de "El Pintor y la Modelo", de Daniel Merino. A la derecha un pequeño salón de actos con una acuarela de José Luis Galicia, un grabado de Maruja Mallo, otra de Boreas, a color, autor que encontraremos más adelante. A nuestra izquierda una salita de techo bajo donde unos anaqueles exponen aguafuertes iluminados de Goya, inéditos, en honor de su CCL aniversario. Junto a un cuadro del versátil José Caballero, onubense, "Hacia la noche", un apunte del natural a sanguina de "Desnudo femenino" de Mingorance y un grabado de Alberto Duce.

Traspasando un arco bajo de carpanel con dovelas, ejemplo sobrio de isabelino, atravesamos un pequeño patio de luces con macetas, hoy acristalado. Una pequeña antesala nos introduce en la exposición más amplia del piso inferior: a la izquierda una estrecha escalera sube al segundo piso; en dicha sala algunos autores del movimiento catalán "Dau al Set": Guinovart, Rafols Casamada y Modest Cuixart; un óleo de remembranza "vanghogiana" de Francisco San José, de la Escuela de Vallecas; otra interesante tela de Fermín Santos, "Cazadores por tierras de la Alcarria", en clave de Eugenio Lucas; una vitrina con litografías originales de Maruja Mallo, otra con "Caprichos" de Cortina y Arregui, expresión genuina de " la España de charanga y pandereta", al aguafuerte y punta seca. Anaqueles con "Los Disparates o Sueños" de Goya, esculturas de Jacinto Higuera, de A. de la Herrán, de Molina... Y, entre muchos más, preside la sala -y aquí me permito expresar una opinión de gusto personal- un acrílico sobre lienzo de José Luis Galicia, espléndido en su factura de composición y color.

Subimos la escalera, en dos tramos, que nos conduce al segundo piso. La subida ha de hacerse lentamente para disfrutar de una bellísima y trágica "Máscara taurómaca" de Vdaurre, pequeño óleo sobre lienzo; y paisajes de Nicolás Forteza, Gabriel Alberca y Casariego. En el descansillo, entre los dos tramos, una muestra del "Opart" de Vassarely: "Dados". Y al final de la ascensión un soberbio grabado de Pancho Cosío, en blanco y negro.

Acabamos en un estrecho pasillo que bifurca las direcciones que continúan y nos confunde. ¿Qué hacer? ¿Ir al frente, a la izquierda o a la derecha?. Si me permiten un humilde consejo de "cicerone" vayan a la izquierda, hacia una escalera cegada por un cortinaje rojo que adorna una delicada composición de Ramón Gaya y que conduce a la Torre del Homenaje, futuro emplazamiento par la Obra Gráfica del museo -dibujos, serigrafías, grabados...- En esta escalera, miniatura de la "Scala Santa", transformada en salita de dibujos, encontramos además un pequeño grabado de Antonio Guijarro, un dibujo de C. Toral y otro de Gordillo a lápiz de color entre otros. Volviendo sobre nuestros pasos entramos en la estancia frente a la escalera, señalada como entrada ortodoxa, presidida por un retrato a óleo de Bisquert de A.M.C.; a su lado una gran tela de Mariano Peláez, muy fresca y bien resuelta: "Joven leyendo". También un cuadro donde florecen almendros "Primavera" óleo de Enrique Padial.

La única salida a la izquierda nos introduce en una amplia sala con óleos de A. Guijarro, otros de Lapayese del Río (uno de ellos muy poético, "Hay amor", dedicado a Rosita y a Antonio Manuel); un lienzo de Hipólito de Caviedes, delicado; un paisaje con amapolas de Balony, gozoso; obras de Enrique Padial, César Manrique y M<sup>a</sup> Antonia Dans. Esculturas en bronce y algunas vitrinas, una de ellas con una carpeta de la "Tauromaquia" de Goya, comentada por A.M.C.; otra con doce aguatinas de "Paisajes fluviales", de Guillermo Vargas Ruiz; otra con diez grabados sobre «El Quijote», de Javier Clavo.

La siguiente sala, a mi juicio, es la más rica: la preside una pequeña tabla al óleo de Solana, supuesto fragmento de un cuadro mayor, tal como este artista acostumbraba a "tijeretar". Además un "Retrato de Unamuno", a carbón, de Vázquez Díaz; un pequeño dibujo a tinta, admirable y seguro, de Benjamín Palencia; una técnica mixta "Fantasía", de Tàpies; dos dibujos de Revello de Toro, óleos de Álvaro Delgado, Cristóbal Toral, Manuel Viola y Cristino de Vera, entre otros. Una "Maternidad" de Manuel Baeza, tierna y colorista, llama nuestra atención entre las esculturas de José Luis Medina, Santiago de Santiago y Carrilero. Tres maravillosos paisajes correlativos, de Genaro Lahuerta, Martínez Novillo y Francisco Lozano nos despiertan los sentidos por los espacios abiertos. Una escultura en bronce, la mayor de todas, "Cisne", de Venancio Blanco; una pequeña cabeza en bronce de S.A.R. el Príncipe de Asturias, jovencito, de Santiago de Santiago y una bellísima "mujer sentada", en bronce, de José Luis Medina.

La sala contigua se abre mediante dos arcos isabelinos bajos y estrechos. El de la derecha, reciclado en vitrina de manera admirable, participa de ésta sala y la anterior de tal modo que las pequeñas esculturas y dibujos expuestos en ella, uno de Picasso, se pueden contemplar desde ambas habitaciones. El otro arco sirve de entrada. En esta estancia, más pequeña, un cuadro de técnica mixta del "indaliano" Perceval, amigo de juventud de Antonio Manuel Campoy; un óleo personalísimo del vasco Martínez Ortiz y un bodegón de Acquaroni entre otros. Conforme salimos a la izquierda encontramos una réplica aproximada del despacho en que trabajaba Antonio Manuel Campoy, al que se ha trasladado el mobiliario original: la mesa de trabajo y su sillón, estantes de libros, pequeña parte de la biblioteca personal, fotografías, portadas de folletos y artículos enmarcados tal como los tenía Antonio Manuel, recrea, como dijimos, su lugar de trabajo. En él algunos cuadritos, uno a óleo muy bello a mi entender "Calle", de Delapuenta; condecoraciones, premios, medallas... una colección de bastones con espléndidos mangos, algunos raros y extravagantes. Debo aclarar que el despacho está cerrado al público mediante crestales; a través de éstos, sin embargo, podemos percibir el ambiente y la atmósfera en que trabajaba Antonio Manuel Campoy gran parte de las veinticuatro horas.

La última sala acoge un retrato a lápiz de A.M.C. por Alberto Duce; unos pequeños óleos interesantísimos según mi parecer: "Tejados", un paisaje muy sureño de Tosar Granados y un pequeñísimo óleo nocturno de López Alarcón, "Altos Hornos", con azules y naranjas sabiamente combinados.

Este recorrido por el Museo A.M.C. es personal. Si me detengo en la descripción de tal cuadro o tal escultura es porque ha atraído mi atención de modo singular; en ningún momento he pretendido nombrar a ciertos artistas en detrimento de otros excepto, claro está, aquellos cuyos nombres resuenan en nuestra memoria como Grandes Maestros, entiéndase: Picasso, Tàpies, Solana o Vázquez Díaz, por nombrar los más significativos. Teniendo en cuenta que el Museo aloja una muy amplia muestra del arte español del siglo XX -277 cuadros repartidos en trece espacios, 29 esculturas y 10 carpetas distribuidas en veinte vitrinas- comprenderá el lector que mi conocimiento, limitado en realidad, de la

mayoría de los autores representados no abarca tan extenso número, pero el disfrute que supone el descubrimiento de artistas y obras que nos son desconocidas está asegurado. Añadir que la visita se haga pausadamente, con fruición, ya que el número y calidad de las obras así lo exige.

### III. ANTONIO MANUEL CAMPOY UN CUEVANO ILUSTRE

---

“Ensayista, novelista, crítico de Arte y periodista, iniciando su carrera con súbito y seguro acierto. Diarios y revistas de toda España (ABC, principalmente) le ofrecen sus columnas en la seguridad de que las llenará de originales cálidos y hondos artículos”. Así califica el Diccionario de la Literatura, de Federico Carlos Sainz de Robles (tomo II, pag. 198) a este cuevano ilustre, discípulo de Eugenio D´Ors.

Antonio Manuel Campoy comienza su introducción en el mundo del Arte participando en el Movimiento Indaliano que en su juventud bullía en la capital de la provincia, de ahí su amistad con el esteta de los indalianos Jesús de Perceval, convirtiéndose en protagonista de la vida cultural de la Almería de la postguerra. Se traslada a Madrid y colabora íntimamente con José Camón Aznar, amigo y biógrafo de Pío Baroja y Gutiérrez Solana. Viajero por Europa y América y trabajador incansable reparte las veinticuatro horas del día entre escribir y visitas a galerías de arte, a la Academia de Artes de San Antón, a la Asociación de Pintores y de Escritores, y tertulias. Pertenece a ese pequeño número de hombres de la primera mitad del siglo que exprimen el tiempo de manera mágica -me viene a la memoria como ejemplo Gregorio Marañón pues no se entiende semejante capacidad de trabajo-. ¿Serviría para ilustrar esto la enorme cantidad de libros, ensayos y artículos periodísticos que escribió? *Norteamérica a vista de pájaro, Vida y obra de Balzac, Vida y obra de Pío Baroja, Mirando alrededor, España vista por los extranjeros, Diccionario crítico de Arte Español Contemporáneo (D.C.A.E.C.), Picasso en Vallauris*, y otros muchos. Así hasta medio centenar de obras y artículos periodísticos.

Su *currículum* es asombroso: Miembro de la Association International des Critiques d´Art (París), miembro de la Junta Directiva del Ateneo de Madrid junto a Fernando Chueca, Julián Marías y Justino de Azcárate, miembro de la Real Academia de B.B.A.A. de Santa Isabel de Hungría, fundador de la Academia de Arte de San Antón, redactor jefe de TV Española, licenciado en Filosofía y Letras, Jefe de Programas Culturales de Radio Nacional de España... fue una de las personas que opinó con más peso sobre la vida artística de los últimos treinta y cinco años. Hemos podido apreciar su original y cálida mirada a través de su *D.C.A.E.C.* gracias a los extractos que hemos colocado a pie de fotos; ellos nos dan una muestra de su riqueza en recursos descriptivos. Disfrutó con las tertulias, sus amigos, los paseos con su perro, los tangos de Gardel, los libros viejos... Amó la pintura y el mar. Esquivó los banquetes, ambientes sociales y los cargos políticos.

Siempre bondadoso y humano en su trato con los artistas de tal manera que aún hoy siguen produciéndose donaciones de aquellos que recibieron el cálido favor que de su crítica emana.